

Teoría arqueológica III. Las primeras arqueologías posprocesuales

Since the '80 post-processual archaeologies have raised or reactivated new fields of debate in archaeological thought and practice. This paper analyzes the major contributions of postprocessual archaeologies, focusing on the works published by I. Hodder, M. Shanks and C. Tilley until the early nineties.

The text is organized following three main sections, in which we take into account the main ontological, epistemological and political issues developed by these authors. Among other general concerns related with postmodern thought and sensibility, we show that some radical positions derived from poststructuralist philosophy opened the horizon for *postarchaeology*. *Postarchaeology* would imply a dramatic change in our discipline by blurring the limits of archaeological practice and dissolving it as one particular narrative into the multiple texts that are continually circulating in our social worlds. A critical position is defended against this possibility, emphasising internal contradictions in post-processual discourses and, also, claiming for new approaches concerned with social, economical and political questions of past and present societies without denying the premises, methods and objectives of a scientific-oriented research.

Key words: Postprocessual archaeology. Archaeological theory. "Postarchaeology".

Introducción

A inicios de la década de los ochenta vieron la luz diversas publicaciones que anunciaron las perspectivas y los temas de lo que hemos englobado bajo el nombre de primeras arqueologías posprocesuales¹ (HODDER 1982a, 1982b, 1982c; MILLER, TILLEY

1. Los adjetivos más frecuentes que acompañan a las nuevas propuestas en arqueología son "posmoderna", "posprocesual", "postestructuralista", "hermenéutica", "simbólica", "estructuralista", "simbólica o estructural", "contextual", "crítica", "radical", etc... Aquí hemos preferido utilizar «posprocesual» por ser el más habitual en la bibliografía.

Des dels inicis de la dècada dels vuitanta, les arqueologies postprocessuals han plantejat o reactivat nous punts de debat en el camp de la pràctica i del pensament arqueològic. Aquest article analitza les principals contribucions fetes per les arqueologies postprocessuals a partir dels treballs publicats per I. Hodder, M. Shanks i C. Tilley fins a l'inici dels noranta.

El text s'organitza en tres apartats, en els quals considerem els principals temes ontològics, epistemològics i polítics plantejats per aquests autors. Entre d'altres assumptes generals relacionats amb el pensament i la sensibilitat postmoderns, mostrem que algunes posicions radicals derivades de la filosofia postestructuralista van obrir l'horitzó de la *postarqueologia*. La *postarqueologia* suposarà un canvi dràstic en la nostra disciplina, en difuminar els límits de la pràctica arqueològica i dissoldre-la fins convertir-la en una narrativa particular dintre de la multiplicitat de textos que circulen contínuament en els nostres mons socials. Defensem una posició crítica davant aquesta possibilitat. En primer lloc, posant de manifest les contradiccions internes dels discursos postprocessuals i, també, reivindicant nous plantejaments compromesos amb els temes socials, econòmics i polítics de les societats del present i del passat, i que no rebutgin les premisses, mètodes i objectius de la recerca científica.

Paraules clau: Arqueologia postprocessual. Teoria Arqueològica. "Postarqueologia".

1984; TILLEY 1982; BARRETT 1983; SHANKS, TILLEY 1982). En la segunda mitad de la década recibieron el impulso decisivo (HODDER 1987a, 1987b, 1988a, 1988b, 1989; HODDER *et al.* 1995; BARRETT 1987; SHANKS, TILLEY 1987a y 1988b), y a lo largo de los noventa han mantenido su vigencia (HODDER 1998, 2001; SHANKS 1992; TILLEY 1991, 1994, 1996, 1999; WHITLEY 1998; THOMAS 2000). Como consecuencia, en los últimos veinte años el debate posprocesual ha ocupado un lugar relevante en el panorama arqueológico del mundo anglosajón (BINFORD 1988; CHIPPINDALE 1993; GOSDEN 1992; HAYDEN, SANSONNET-HAYDEN 2001; JOHNSON 2000; KOHL 1985; KRISTIANSEN 1988; PATTERSON 1989, 1990;

WATSON 1990; WATSON, FOTIADIS 1990; YOFFEE, SHERRATT 1993), e incluso se ha asomado con cierta frecuencia al de otros países, entre los que se encuentra España (LULL *et al.* 1990; GONZÁLEZ MARCÉN, RISCH 1990; MICÓ 1993, 1998; RUIZ RODRÍGUEZ *et al.* 1988; VICENT 1990).

A pesar de que se han propuesto diversos términos para denominar el “magma” posprocesual en nuestro campo de trabajo, resulta complicado expresar toda la variedad de perspectivas vinculadas directa o indirectamente con todo ello. Tampoco es fácil esbozar una síntesis que exprese con claridad que algo distinto se ha movido en los círculos arqueológicos desde comienzos de la década de los ochenta (LULL *et al.* 1990). De hecho, pretender identificar el *locus* de las propuestas posmodernas en arqueología podría ser calificado de “obsesión etiquetadora”, e incluso acusado de secundar una actitud académica típicamente moderna que persigue controlar lo diferente mediante la nominación y el establecimiento de geneografías. Podría advertírse nos, además, que la búsqueda de un denominador común en el escenario posprocesual de propuestas, respuestas, rupturas y continuidades no pasaría de ser un recuento de excepciones.

Es posible. No obstante, consideramos que si lo concluyente de esta “movida” fuese algo tan ambiguo que apenas alcanzara el rango de “denominador”, y mucho menos el de “común”, convendríamos en que nada hay de los principios simbólicos que determinan la acción y el pensar humanos en las prácticas arqueológicas, justo lo contrario de lo que señalan precisamente las perspectivas reconocidas como posprocesuales. Así pues, concedamos esta posibilidad de síntesis e intentemos evaluar si los planteamientos involucrados en el debate posprocesual oponen cierto tipo de criterios frente a los previamente establecidos, y, asimismo, si sus contenidos merecen ser considerados como rupturas, novedades o continuidades respecto a los trabajos precedentes.

A primera vista, “posprocesual” es un término que se limita a informar sobre una sucesión cronológica: algo que surge con posterioridad a otra cosa llamada arqueología procesual. No obstante, si acudimos a los textos que promovieron la nueva denominación nos daremos cuenta de que, en lugar de sucesión, la escena está dominada por la oposición. La supuesta ambigüedad posprocesual se torna unanimidad cuando observamos que sus sugerencias arqueológicas mantienen una actitud de rechazo frente a los axiomas ontológicos y/o los principios epistemológicos y/o las teorías explicativas de lo social y/o las actitudes ético-políticas que definen y defienden las arqueologías anteriores. Tal vez no hayamos avanzado mucho con esta constatación, ya que no puede decirse que “el rechazo a”, como hipotético denominador común, sea un modelo de precisión programática o de signo distintivo. Después de todo, las arqueologías “anteriores” también se mostraron y se muestran beligerantes entre sí, descalificándose a menudo en sus iniciativas y procurando mantener las distancias. Sin embargo, es notorio que desde los años ochenta y desde el ámbito anglosajón diferentes autor@s han expresado dicha oposición. Bástenos por ahora con referirnos a ello como “arqueología posprocesual”.

Quisiéramos incidir un poco más sobre esta recurrente actitud de rechazo porque, como comprobaremos más adelante, se manifiesta exclusivamente contra las imágenes o representaciones teóricas de las arqueologías anteriores y no tanto contra su quehacer cotidiano. Nos referimos a que las críticas posprocesuales contra la *New Archaeology* y, en menor grado, contra las otras arqueologías, cuestionaban la “cobertura” bajo la que éstas actuaban, enfatizando la carencia del rigor científico que pretendían abanderar y, por extensión, descalificando el propio proyecto científico como soporte adecuado de la disciplina. Sin embargo, la actitud de criticar el positivismo de Hempel o de Popper, por ejemplo, presupone creer que los arqueólogos científicos que mentan dichas “autoridades” adecúan su quehacer a las teorías que aquéllos propusieron, cuando en realidad la mayoría de los “nuevos arqueólogos” tan sólo aparentan voluntades nomotéticas y practican arqueologías especulativas o tradicionales.

Tenemos la impresión de que las posprocesualistas, al centrar el debate en oposiciones a “positivismos”, “deductivismos” y otros “ismos” en lucha o supuesta lucha, han ubicado la discusión en una tierra alejada del trabajo arqueológico directo y real. Ello ha supuesto, de hecho, zanjar nuevamente el problema de la teoría arqueológica mediante el emplazamiento de la discusión en rancias dicotomías suministradas por la filosofía de la ciencia y sus analistas. Como esperamos mostrar, el nombre de las “cosas arqueológicas”, el trazo de sus límites, la propuesta de sus posibles sentidos o sus órdenes sintácticos reciben, en el mejor de los casos, un roce superficial por parte de las nuevas propuestas críticas.

Además, la escasa presencia posprocesual en los lugares fundamentales de la creación del saber arqueológico propicia, en última instancia, afinidades no deseadas con discursos violentamente denostados del orden tradicional de la investigación arqueológica. Sobre esta cuestión específica también nos detendremos más adelante. Baste por ahora esta breve introducción que, más allá de explicitar recelos o avivar contradicciones, se contentaría con hacerse eco de tolerancia para estas u otras propuestas de cambio en nuestra disciplina.

A continuación, expondremos selectivamente los enfoques y problemáticas que juzgamos más significativos en los comienzos del panorama posprocesual hasta inicios de la década de los noventa, cuando, a nuestro juicio, la “presentación en sociedad” de las propuestas posprocesuales puede entenderse como razonablemente completa. Por tanto, no nos detendremos aquí en la abundante producción bibliográfica de la última década, objetivo que abordaremos próximamente. Además, de entre la nutrida lista de publicaciones y de autor@s que cabría incluir en el presente artículo, hemos optado por centrarnos en los trabajos de I. Hodder, M. Shanks y C. Tilley. Esta elección se justifica por ser, de largo, los autores que han firmado el mayor volumen de publicaciones, y porque entre ellas se cuentan las más influyentes, una circunstancia que se explica tanto por sus contenidos como por haber sido vehiculizadas a través de la potente industria editorial británica. Obviamente, la “cartografía” de lo posprocesual es más extensa, tanto geográ-

fica como conceptualmente. Reseguir la nos llevaría a viajar por países distintos a la Gran Bretaña y a frecuentar regiones muy diversas de la reflexión y de la práctica, desde las arqueologías del género hasta las arqueologías de la identidad, para finalizar en las arqueologías *queer*, pretendido contrapunto de todas ellas. Conscientes de ello, preferimos, por el momento, centrar nuestra atención en uno de los epicentros posprocesuales, seguramente el más importante, localizado en Cambridge en la década de los ochenta.

De la reflexión crítica a la crisis de la reflexión

El punto más relevante de las propuestas posprocesuales, por la radicalidad de sus planteamientos y por sus efectos potenciales, estriba en las duras argumentaciones expresadas para el desmantelamiento de la disciplina y para el cese de la práctica arqueológica en las formas que nos fueron familiares hasta la pasada década de los ochenta. No resulta extraño que la posibilidad de este advenimiento, que denominamos en un trabajo anterior *postarqueología* (LULL *et al.* 1990), esté cambiando poco a poco los modos de ver y hacer la disciplina.

Ante todo, debemos advertir que las críticas científico-políticas dirigidas desde lo posprocesual contra la práctica arqueológica instituida no proceden de un conflicto espontáneo suscitado en relación directa con las maneras de mirar o manipular los objetos antiguos, sino que surge de la prolongación en el saber arqueológico de una serie de cuestionamientos planteados en el ámbito filosófico y vivencial de las últimas décadas en las sociedades occidentales. Las arqueologías posprocesuales han registrado, a menor escala, los efectos de este cuestionamiento global explícito que suele acogerse bajo el término “posmodernidad”. Sin embargo, debemos advertir que los términos en que se expresa este cuestionamiento global no siempre son pioneros. Muchos de los temas que cuestiona la posmodernidad ya habían sido sometidos a crítica por proyectos modernos como el marxismo, el estructuralismo y algunas vanguardias,² una circunstancia que tiende a ser olvidada. Por ello, tal vez lo novedoso sea la “liberalidad” o “audacia” con que ahora se seleccionan y mezclan elementos de diferentes corrientes, y en cómo se plasman en textos plurales que abandonan, al menos en apariencia, la pretensión de trazar senderos claros para las formas de expresión humana, desde la ciencia a la filosofía y el arte.

2. Lo real entendido como estructura subyacente de lo percibido y, por otro lado, la posibilidad y la necesidad de transformar lo real trascendiendo el mero conocimiento, suplantaron desde el s. XIX las formas alienantes historicistas, humanistas y científicas interesadas en preservar el *statu quo*. La crítica que alimentaron es aprovechada ahora por las nuevas teorías críticas sin vindicar su origen. Resulta emblemática al respecto la manipulación de la crítica marxista que, después de un intenso proceso de “saqueo y olvido”, es vehiculizada hacia otros intereses en un proceso que consiste en aprovechar la dialéctica materialista para darle un nuevo giro hacia el idealismo, negar la operación y ocultar la procedencia del método crítico para poder usarlo en su contra, una vez descontextualizado de su escenario y objetivos.

Con el fin de evaluar las relaciones práctico-discursivas de la traducción arqueológica de lo posmoderno, creemos conveniente plantear varios interrogantes en torno a tres cuestiones básicas:³

—Cuestión ontológica: ¿Qué es y qué significa el registro arqueológico? ¿Existe realmente como algo aparte del arqueólogo@?

—Cuestión epistemológica: ¿Puede la arqueología alcanzar un conocimiento objetivo o verdadero de las causas sociales que originaron los restos arqueológicos que hoy conocemos? ¿En qué medida influye la subjetividad o la opción política del arqueólogo@ en las interpretaciones?

—Cuestión sociopolítica: ¿Qué lugar ocupa la arqueología en la sociedad y en la política actuales? ¿Qué intereses defiende? ¿Es ética o moralmente aceptable la práctica arqueológica en el marco institucional en el cual se desarrolla?

Cuestión ontológica: textos en contextos

Los planteamientos posprocesuales siguen en este campo tres líneas de argumentación estrechamente imbricadas:

—La cultura material, del presente o del pasado, puede entenderse como un texto.

—Se niega que el pasado exista como algo real, salvaguardado fragmentariamente en los vestigios que constatamos arqueológicamente (la “cultura material”). El pasado ya no existe, y entre él y nuestro presente media un abismo infranqueable.

—Lo que se suele llamar “pasado” no va más allá del propio quehacer arqueológico. Sin embargo, dicho quehacer no configura una única realidad. La realidad arqueológica, de la misma manera que la realidad social de cualquier época, no es algo que venga dado de antemano, sino que es construida continuamente mediante la acción de individuos y grupos. Por tanto, no ha habido, hay ni puede haber una única realidad objetiva. Sólo podemos referirnos a ella atribuyéndole adjetivos como “plural”, “fugaz”, “cambiante”, “polifacética” y “heterogénea”.

Amplíemos brevemente estas ideas básicas.

La cultura material como texto

La cultura material se considera un medio de comunicación simbólico que interviene, como el lenguaje, en la creación de la realidad social donde actúan los individuos en sus prácticas cotidianas. La capacidad de los objetos para evocar, transmitir, almacenar y preservar significados los involucra directamente en el proceso de percepción e “internalización” de los principios significativos que orientan las prácticas individuales y sociales. De tal modo que la “realidad” de tales prácticas se construye simbólicamente en y vía el lenguaje y los objetos materiales (SHANKS, TILLEY 1987a, 131, 1987b, 94-105; BARRETT 1988, 6-7).

3. Seguiremos en este trabajo un guión ensayado ya en otras publicaciones sobre teoría arqueológica (LULL, MICÓ 1997, 1998).

Desde esta perspectiva, la cultura material debe ser considerada como un *texto*, un conjunto estructurado de diferencias que los individuos “leen” y “reescriben” continuamente; “un sistema de significantes con significado que debe ser leído e interpretado” (SHANKS, TILLEY 1989, 3, véanse también HODDER 1988a; BEAUDRY *et al.* 1991); “una matriz de relaciones paradigmáticas y sintagmáticas” (SHANKS, TILLEY 1987b, 103) o, en otras palabras, un “discurso silencioso” imbricado en lo social.

Estos planteamientos no surgen de la nada. La cultura material, como medio de comunicación simbólico utilizado por los individuos para construir sus estrategias por medio de la acción, es una idea enunciada ya por Max Weber, quien indicó además la posibilidad de entender su significado en cada caso:

“Todo artefacto posee un significado y puede ser interpretado y comprendido puramente por haber sido creado por seres humanos y usado en actividades humanas (quizá con propósitos distintos) y, a menos que tomemos ese significado en consideración, el uso del artefacto será totalmente ininteligible. Es inteligible, por lo tanto, en virtud de su relación con la acción humana, sea como medio para un fin o como fin en sí mismo, deseado por ciertos agentes y hacia el cual se orienta su acción” (WEBER 1984, 15-16).

Más tarde, R. Barthes sugirió en su *Mitologías* que toda práctica cultural, toda cotidianeidad y los objetos involucrados en ella están impregnados de significado, y que todo objeto material se constituye en significante que remite a uno o varios significados compartidos por los miembros de una sociedad. Es más, por definición, todos los objetos que forman parte de una sociedad tienen un sentido (BARTHES 1990, 9). Habría que hablar entonces de sistemas de objetos-signo (el lenguaje, la moda, la alimentación, etc.), en cuyo interior los significados se establecen mediante relaciones de diferencia/oposición entre significantes.

No convendría olvidar tampoco la influencia de la obra de E. Leach, investigador a quien se reconoce un protagonismo decisivo en la introducción del estructuralismo en el mundo académico anglosajón desde los años sesenta. Valga la cita de una obra relativamente reciente (orig. 1976) para darse cuenta de la similitud de su proyecto con algunas intenciones recientemente expresadas en textos arqueológicos:

“En lo que sigue daré por supuesto que *todas* las diferentes dimensiones no verbales de la cultura, como los estilos de vestir, el trazado de una aldea, la arquitectura, el mobiliario, los alimentos, la forma de cocinar, la música, los gestos físicos, las posturas, etc., se organizan en conjuntos estructurados para incorporar información codificada de manera análoga a los sonidos y palabras y enunciados de un lenguaje natural. Por tanto, doy por sentado que es exactamente igual de significativo hablar de las reglas gramaticales que rigen el vestido que hablar de las reglas gramaticales que rigen las expresiones verbales” (LEACH 1989, 15).

La novedad posprocesual respecto a estos precedentes consiste en proponer que no hay un único significado en cada objeto, sino una multiplicidad

variable. Los objetos, cargados de significación, participan en el mantenimiento o subversión de las relaciones de poder y de las representaciones ideológicas que atraviesan toda la vida social. Es fácil advertir en este punto la deuda con la filosofía post-estructuralista contemporánea, sobre todo con J. Derrida (1967, 1989a, b -orig. 1967 y 1972), y con las aportaciones del neomarxismo en sociología y antropología. La traslación arqueológica de estas ideas trastoca la clásica concepción pasiva, neutral y objetiva de los restos materiales en oposición a los documentos escritos, los cuales sí expresarían significados distorsionados al servir a intereses muy concretos.⁴ Por contra, para la arqueología posprocesual los objetos responden siempre a intereses parciales que se expresan en un continuo ininterrumpido de situaciones concretas. En consecuencia, no hay razón para seguir pensando en la “transparencia” de los artefactos: los objetos no son “sinceros”, porque ellos siempre implicarán significados y usos interesados.

En suma, el registro arqueológico no constituye una colección azarosa de elementos, sino un conjunto “estructurado en relación a la construcción social de la realidad y en relación a las estrategias sociales de interés y de poder, e ideológicas como forma de poder” (SHANKS, TILLEY 1987b, 98). Teniendo en cuenta la naturaleza no unitaria de lo social, los patrones observables son consecuencia de prácticas repetitivas encaminadas a crear cierta familiaridad con los conceptos que unos individuos pretenden imponer sobre otros (TILLEY 1984; SHANKS, TILLEY 1987b, 104). Ciertamente, no puede negarse la vertiente funcional del objeto como mediador entre el pensamiento y la acción en el mundo, pero el análisis debe ir más allá hasta encontrar el lugar de producción del sentido donde se funda la misma posibilidad de la vida social y, también, donde se revela la naturaleza ideológica del enfoque estrictamente funcional.

La consecuencia de la adopción de estos planteamientos en arqueología ha implicado la concepción de que la cultura material constituye códigos significativos según la situación de los significantes en sus contextos de expresión. Por ello, su análisis debe ir más allá de una reducción a términos funcionales, adaptacionistas o utilitaristas como esgrimía la *New Archaeology* y, por supuesto, mucho más allá de la suma de meros marcadores de tiempos y esencias (periodos y culturas) al estilo de las arqueologías tradicionales.

La arqueología como actividad social

El protagonismo de la sociedad actual es siempre fundamental a la hora de hacer arqueología. Ahora bien, ¿cómo se entiende el funcionamiento de la dinámica social? Sobre esta cuestión, se señala que tanto nuestra sociedad contemporánea como cualquier otra del pasado, comparten unas características generales. En cierto sentido, las hemos enunciado en

4. Esta “parcialidad” de la fuente escrita obliga al historiador a someterla a una crítica previa con el fin de probar la verdad o falsedad de los contenidos que comunica.

el apartado anterior. Conforme a ellas, la realidad social no se funda en el consenso unitario de las voluntades y los comportamientos de todos sus integrantes. Los principios simbólicos (cultura) y las estructuras de significado que orientan la práctica en cada sociedad no conforman un todo coherente de sentido, sino que presentan contradicciones y su naturaleza no es estática. Antes bien, individuos y grupos con intereses de poder enfrentados manipulan los objetos que vehiculan tales principios y, en esta práctica, los transforman a su vez. El mundo material es producto de procesos de categorización inmersos en estrategias sociales (MILLER 1982, 1985). Los artefactos "objetivizan" ideas que son empleadas para representar o distorsionar estrategias y posiciones sociales. En esta situación, los significados son fugaces, inherentemente cambiantes y dependen forzadamente de interrelaciones estructuradas específicamente. Así, un mismo objeto puede tener significados diferentes según los contextos de acción en que haya sido utilizado. Por ello, el uso situacional de la cultura material podría calificarse como metonímico (SHANKS, TILLEY 1987b, 105). Dada la naturaleza relacional de las redes de significación, el uso de un artefacto moviliza o reordena de hecho todo el sistema simbólico, todos los ejes que estructuran el sentido en un momento dado.

El encadenamiento de eventos contextualizados que conforman la vida social se ve como un *continuum* de lectura (organización previa de la experiencia de cada actor) y escritura (acción política y social que implica el uso de símbolos materiales) (HODDER 1988b, 68-69), que se inscribe en el marco de relaciones de poder y dominio expresadas contextualmente. Esta sería, de hecho, una definición aceptable de la historia humana. La labor arqueológica se articula en dicho *continuum* histórico, ya que el arqueólogo lee el texto material y redacta textos sobre el pasado desde su particular posición subjetiva en el horizonte de la época que le toca vivir.

Buena parte de este discurso, sobre todo el enunciado por Hodder, constituye prácticamente un calco de la traducción anglosajona del estructuralismo francés a cargo del "segundo" Sahlins (SAHLINS 1988a, 1988b -orig. 1976 y 1985). En éste hallamos los temas de la prioridad del orden simbólico-lingüístico (*la cultura*) sobre el orden práctico (en contra de las teorías materialistas), el código cultural como medio y consecuencia de las acciones individuales (en estrecha relación a su vez con la teoría de la estructuración de GIDDENS 1984) y la alteración de las significaciones en contextos de actuación. Reproducimos aquí un fragmento de una de las obras de Sahlins que, a nuestro juicio, sintetiza los puntos principales de la propuesta de Hodder:

"La cuestión más importante (...) es la existencia dual y la interacción del orden cultural instituido en la sociedad y el vivido por los individuos: la estructura según la convención y según la acción, como potencia y como acto. En sus proyectos prácticos y en su organización social, estructurados por los significados admitidos de las personas y las cosas, los individuos someten estas categorías culturales a riesgos empíricos. En la medida en que lo simbólico es de este modo, lo

pragmático, el sistema es una síntesis en el tiempo de la reproducción y la variación" (SAHLINS 1988b, 10).

Hodder, no obstante, enfatiza más la dimensión del interés individual, la negociación simbólica de tales intereses y las luchas de poder en que los individuos y grupos se ven diariamente involucrados. El concepto de "individuo" como actor/agente reflexivo, aunque arqueológicamente "invisible", ocupa un papel central en su esquema teórico. El individuo articula roles y manipula normas según su capacidad de maniobra en cada contexto, constituyendo, en este sentido, el "motor" de la historia.

Sociedad y conflicto. Una deuda posprocesual

Puede parecer que con el advenimiento de la posmodernidad en la arqueología los paradigmas sociológicos científicos pasaron a mejor vida. Y que la vindicación del conflicto como motor del cambio en las sociedades humanas es algo propio de las tendencias posprocesuales. Creemos que no es así en ninguno de ambos casos.

Desde los años sesenta, con el auge del funcionalismo y el neoevolucionismo en las disciplinas humanas, asistimos a la generalización de planteamientos que enfatizaban la influencia de variables materiales o físicas (clima, tecnología, población, recursos) en el funcionamiento y el cambio de los sistemas socioculturales. La organización social, como expresión del consenso de voluntades individuales respecto a fines y objetivos colectivos, era concebida como un conjunto de relaciones que tienden ontológicamente a la estabilidad. Por contra, en la arqueología posprocesual parece ganar una perspectiva que piensa la sociedad como algo conflictual y dinámico, intentando evitar la teleología del equilibrio. Desde la óptica posprocesual, aunque se preste una mayor atención a la dimensión simbólico-ideológica de los restos arqueológicos, también se trata de mostrar cómo éstos contribuyeron a promover y/o legitimar la desigualdad social y también cómo el conflicto y la correspondiente lucha de intereses da cuenta del devenir humano, en clara sintonía con postulados marxistas y estructuralo-marxistas.

El enfoque "conflictual" no es nuevo ni propio del posprocesualismo. El énfasis en las relaciones de conflicto existentes dentro de los grupos humanos y su papel prioritario a la hora de entender las transformaciones sociales viene ejerciendo una influencia creciente, aunque pocas veces reconocida, en otras aproximaciones arqueológicas. Sin duda, nos encontramos ante una cierta influencia de las propuestas posprocesuales, aunque no podemos atribuirles originalidad pues tienen su referente en otros lugares.

No debemos olvidar que los planteamientos teóricos elaborados por la antropología marxista francesa de los sesenta y setenta⁵ (BLOCH 1977; GODELIER

5. Para una exposición de las posiciones, debates, protagonistas y contexto sociopolítico en que se desarrolló la antropología marxista francesa de las décadas de los sesenta y setenta, pueden consultarse BALLESTIN *et al.* (1988), KAHN, LLOBERA (1981) y LLOBERA (1980; en especial el capítulo VI).

1976, 1977, 1979, 1985; MEILLASSOUX 1977a, 1977b; REY 1975; TERRAY 1971) gozaron de una especial repercusión en el mundo de habla inglesa (FRIEDMAN 1974, 1977; FRIEDMAN, ROWLANDS 1977) y que este marxismo "importado" tuvo como compañero de viaje al estructuralismo, un estructuralismo que, dicho sea de paso, se entendía a las mil maravillas con el neomarxismo francés. Este último había venido sosteniendo la necesidad de enfocar el estudio de las sociedades desde la consideración de las luchas que se establecen entre los individuos y grupos a raíz de su posición diferencial en las relaciones de producción o infraestructura. En este sentido, "contradicción", "explotación" o "coerción" fueron retomados en los contextos académicos de Gran Bretaña y de los EE.UU. como conceptos útiles para dar cuenta del funcionamiento y del cambio social.

Si a este clima de relevancia de la perspectiva "conflictual" de filiación marxista añadimos la revaloración de la obra de M. Weber y de otros pensadores que dedicaron una especial atención al tema del poder (M. Foucault) y la ideología (L. Althusser), tendremos el abanico de elementos con los que, el posprocesualismo, cada vez con mayor frecuencia y en combinaciones varias, interpreta las sociedades estudiadas por la arqueología.⁶

En definitiva, los patrones y los elementos del registro arqueológico comenzaron a analizarse en función del mantenimiento de la desigualdad que implica la explotación y/o las relaciones de poder, objetivo que se consigue por la fuerza coercitiva o, más en extenso, mediante la legitimidad resultante de la imposición de una ideología determinada. Se asume el conflicto de intereses como inherente a toda sociedad, conflictos derivados del acceso diferencial o reparto desigual del poder y de los recursos materiales y no materiales (conocimientos). Al contrario que en el enfoque evolutivo-funcionalista, la sociedad "nace" ya dividida por intereses en conflicto. Desde esta perspectiva, la dinámica social sería explicable en términos de la reproducción de relaciones sociales disimétricas y de la resistencia a este dominio.

El principal foco de interés sigue siendo, al igual que en todas la arqueologías sociales, el tema del surgimiento y mantenimiento de las desigualdades sociales, económicas y políticas en las sociedades de la prehistoria reciente, registrándose aportaciones originales en temáticas clásicas como el megalitismo (SHANKS, TILLEY 1982, 1987a) o los orígenes y expansión de la agricultura (HODDER 1987c, 1990b). Sin embargo, el espectro de sociedades estudiadas aumenta notablemente, rebasando el marco estricto de los grupos ágrafos para incluir casos de época histórica e incluso contemporáneos. La definición de cultura material como medio significativo y activo en la configuración y transformación de la realidad social no impone límites cronológicos, espaciales ni disciplinares al trabajo arqueológico. La arqueología siempre ha reivindicado como suyo el estudio de los

vestigios materiales producidos por los seres humanos en todo tiempo y lugar, pero hasta hace pocos años era evidente que esta posibilidad había sido poco explotada. De hecho, la investigación arqueológica se había centrado fundamentalmente en la excavación de yacimientos prehistóricos o de las civilizaciones antiguas. La paulatina generalización de trabajos de campo en yacimientos medievales, modernos y contemporáneos de todo el mundo, o incluso el estudio directo de la cultura material actual, constituye un fenómeno relativamente reciente que día a día va cobrando una importancia mayor.

Esta "expansión" arqueológica debe mucho a un factor de peso: la disponibilidad de registros escritos o de noticias orales. Estos aportan informaciones valiosas con ayuda de las cuales es posible atribuir "más y más seguros" significados a los objetos y a sus relaciones. La combinación de distintos tipos de fuentes (materiales, documentales, orales) da lugar a estudios que podríamos designar como "arqueoethnohistóricos". Paralelamente, la etnoarqueología ha visto incrementado el número de sus practicantes (BRAITHWAITE 1982; DONLEY 1982; HODDER 1982c; MILLER 1985), continuando una tendencia abierta en los momentos de apogeo de la *New Archaeology* en el mundo académico de habla inglesa (BINFORD 1978; GOULD 1978a, 1978b; YELLEN 1977).

Pese a que las motivaciones que orientaron las investigaciones de la década de los setenta son a menudo criticadas desde el posprocesualismo por su orientación "legal", "normativa" o "mecánica", el estudio de nuestros "contemporáneos primitivos" continúa basándose en la búsqueda de analogías con las que interpretar los datos arqueológicos. Es cierto que ahora se nos advierte de los "peligros" de esta empresa y del "cuidado" que es necesario dispensar a la hora de atribuir significados presentes a las sociedades del pasado (WYLIE 1982), pero también es cierto que estas recomendaciones se plantean de forma bastante ambigua. Como veremos a continuación, en los enfoques posprocesuales persiste el tradicional recurso consistente en establecer analogías entre situaciones sociales conocidas a partir de la antropología, la historia o la propia experiencia vital, y los restos arqueológicos, con el fin de hallar sentido a lo desconocido (la sociedad que los generó).

Epistemología: contexto, discurso e interpretación

Al inicio de este artículo señalábamos que un (el) denominador común de las arqueologías posprocesuales era una actitud de rechazo, cuando menos formal, a las ontologías, epistemologías y a las actitudes ético-políticas de las arqueologías de siempre. Dicho rechazo se expresaba en feroces críticas al cientifismo, apoyadas en obras de pensadores de orientación tan diversa como T. Adorno, W. Benjamin, P. Bourdieu, R. G. Collingwood, J. Derrida, G. Deleuze, M. Foucault, H. G. Gadamer, A. Giddens, J. Habermas, M. Heidegger, C. Lévi-Strauss, K. Marx, P. Ricoeur o M. Weber, entre otros. Con la ayuda de este "arsenal" se atacaban las bases filosóficas empiristas y positivistas que habrían caracterizado el panorama arqueológico hasta los años ochenta.

6. Buena parte de las contribuciones reunidas en HODDER (1982a), MILLER, TILLEY (1984), MILLER, ROWLANDS, TILLEY (1989) constituyen una buena muestra de la pluralidad de elementos teóricos que entran ahora en juego.

Se denunciaba que lo que llamamos hipótesis científicas constituyen enunciados incontrastables y que su eventual aceptación como verdades dependía esencialmente del acuerdo de la comunidad de expertos respecto a una serie de supuestos extracientíficos (HODDER 1984). En pocas palabras, la política y la ideología sustentan un consenso entre socios.⁷ Si el consenso extracientífico constituye el factor crucial en la configuración de la actividad científica, hay que admitir la relevancia de lo político y lo ideológico en la formación y orientación de los conocimientos. Si la realidad y lo que se dice sobre ella se establecen por acuerdo, ¿qué es lo que se supone que conocemos?

La arqueología queda definida como una actividad intrínsecamente interpretativa y, ante todo, contemporánea. No concierne al acontecimiento del pasado (respecto al que nos separa una distancia insalvable), sino a su propio acontecimiento presente: excavación, discurso, escritura. Así, la arqueología no constituye una actividad primordialmente enfocada a leer los signos del pasado para descifrar lo que realmente significaron, sino un proceso en el que estos signos son escritos y, por tanto, significados en el presente (SHANKS, TILLEY 1989, 4).

“Vamos desde un ‘texto’ de cultura material a un texto arqueológico apoyando nuestros argumentos y afirmaciones con la cita de artefactos” (SHANKS y TILLEY 1989, 4).

Esta breve cita ilustra con claridad la primacía concedida al discurso y a la “intertextualidad” sobre cualquier pretendido referente, en nuestro caso el “pasado” y sus evidencias “objetivas”. Hacer arqueología es realizar “una práctica interpretativa, una intervención activa involucrada en un proceso crítico de labor teórica que vincula el pasado y el presente” (SHANKS, TILLEY 1987a, 103). A este respecto, la relación del texto con el pasado es de *mimesis*: “el texto mimético no copia o duplica la realidad, sino que la imita de forma creativa” (SHANKS, TILLEY 1987a, 21).

La arqueología no debería seguir engañándose pensando que su misión consiste en reconstruir, representar o explicar el pasado: el discurso arqueológico *crea pasados desde el presente*. Habría que asumir que la subjetividad es consustancial con todos los estadios del trabajo arqueológico y, por tanto, abandonar la ficción del objetivismo. En este sentido, se señala que las observaciones son dependientes de la teoría escogida por cada sujeto observador: los datos están “cargados” de teoría o, lo que es lo mismo, de nuestros valores. Por tanto, aquello que se denomina “conocimiento” consiste en poco más que en la descripción de lo que ya ha sido teóricamente constituido (o sea, en sentido estricto un “reconocimiento”). En otras palabras, lo que la ciencia positivista intenta producir a través de la aplicación de una metodología rigurosa ha sido ya constituido con anterioridad mediante una operación mental. No

puede haber “lógica del descubrimiento científico”, dado que ya se había decidido qué había que descubrir (SHANKS, TILLEY 1987a, 43).

Este adiós prematuro a la pretensión de neutralidad y asepsia científicas llevaba prendido el entusiasmo de considerar el enfoque hermenéutico como el único apropiado para la arqueología. Éste, al deshacer la supuesta división entre sujeto y objeto, permitiría proponer relatos capaces de expresar la diversidad de las situaciones, actitudes y experiencias actuales respecto a lo que se denomina “pasado”. Las arqueologías posprocesuales no tratan de presentar nuevas formas de conseguir una reproducción más fiel, precisa o exacta del pasado que las elaboradas con la ayuda de otras teorías y métodos. Tampoco pretenden dejar obsoleto el proyecto cientifista, procesualista, tradicional, etc., mediante la propuesta de una perspectiva más comprehensiva o completa, sino que sugieren dismantelar las cárceles que controlan el pasado denunciando la connivencia de las arqueologías acriticas con las estructuras universitario-institucionales que imponen un sentido normativo a lo arqueológico. Tampoco se desea hacer una arqueología “mejor”, sino abrirla a la diversidad mediante hermenéuticas que subviertan los límites dentro de los cuales se la suele ubicar.

Así pues, las posiciones encontradas entre, por un lado, la arqueología humanista y cientifista y, por otro, la nueva crítica arqueológica se establecieron en torno a la dicotomía explicación-modelo *versus* hermenéutica-texto. El primero, en sus dos vertientes tradicional y procesual, pretendía dar cuenta del carácter de la investigación arqueológica, mientras que el segundo, centrado en desarrollar alternativas que evitaran la banalidad intelectual (irrealizada-irrealizable) de la Historia y de la Ciencia con mayúsculas, denunciaba aquellas actitudes como políticamente conservadoras y académicamente dogmáticas.

La hermenéutica constituye un acto de aprehensión de la estructura de un texto o de un registro empírico considerado como otra forma textual. Las diferencias entre el ejercicio hermenéutico con respecto a la explicación en tanto categoría cientifista estriban en que:

— no hay reglas o método estricto que seguir para su realización, sino que su movimiento se asemeja a un círculo o espiral sin principio ni fin (la explicación en el ámbito procesual, por ejemplo, requería seguir un esquema lineal conforme los pasos establecidos en el método deductivo o, cuando menos, en la explicitación de premisas, objetivos y de las posibilidades inferenciales de las metodologías instrumentales empleadas), y tampoco aspira a constituirse en enunciado de verdad, pues admite la pluralidad de los significados y la proliferación infinita de interpretaciones; de hecho, se cuestiona incluso la posibilidad de establecer criterios de evaluación entre teorías, actualizando al respecto la idea de inconmensurabilidad entre paradigmas científicos (KUHN 1971).

La propuesta crítica de una arqueología hermenéutica supuso la reivindicación de que el significado de la cultura material nunca puede ser objetivado o fijado con exactitud. En cierta medida, “su significado

7. Las hipótesis no se “contrastan” con los datos, sino con otras hipótesis a su vez incontrastadas, aunque admitidas por consenso entre los integrantes de la comunidad arqueológica (HODDER 1984, emulando a LYOTARD 1987 - original 1979).

siempre evade al analista" (TILLEY 1989, 191). Además, se exigía un cambio del género del discurso hacia una retórica capaz de borrar los límites del discurso arqueológico-académico para incorporarlo al juego de las narrativas de la vida cotidiana. La liberación del sentido por medio de la interpretación que propugna esta tendencia hermenéutica radical, pertinente en arqueología desde la consideración del registro como un texto, fue presentada como una posibilidad de trabajo radicalmente rupturista.

Contexto y significado

El paso previo para toda interpretación en arqueología consiste en delimitar contextos arqueológicos. El contexto arqueológico se define como "la totalidad del medio relevante, en la que "relevante" se refiere a la relación significativa con el objeto o relación necesaria para discernir el significado del objeto" (HODDER 1988a, 167). La noción de "relevancia" depende tanto del resultado de análisis inductivos como de la capacidad teórica de cada investigador para proponer interrelaciones entre los datos.

La delimitación del contexto se inicia con el examen de los datos empíricos y la constatación de *contrastes* y/o *asociaciones* temporales, espaciales y tipológicas relevantes entre los datos que conforman el registro (HODDER 1987a, 6; 1988a, 168). Los límites del contexto "aparecen en ausencia de semejanzas y diferencias significativas" (HODDER 1988a, 168). Como puede observarse, el contexto, como unidad de análisis, se define *a posteriori*, tras percibir las "pautas significativas en las dimensiones de variación" (HODDER 1988a, 167) en el tiempo y en el espacio. En esta operación, no se desprecia la ayuda de la estadística o de otras metodologías instrumentales habituales en arqueología.

No pueden exponerse parámetros universales con los que delimitar los contextos arqueológicos, dado que se trata de una empresa fundamentalmente imaginativa (HODDER 1989, 70). Tampoco existe una escala de análisis prefijada, ya que ésta varía en función de las características o elementos seleccionados. Tan lícito puede ser centrarse en una pequeña estructura habitacional, como incluir en la interpretación rasgos materiales pertenecientes a extensas regiones (HODDER 1990). Lo mismo se aplica a la dimensión diacrónica, en la que el "arqueohistoriador" puede ir desplazándose entre las estructuras de larga duración y las acciones coyunturales (HODDER 1987b). Así pues, los contextos constituyen los eventos discretos de lectura-escritura/interpretación-práctica, cuyo encadenamiento o yuxtaposición produce el "texto" global de la cultura material. El contexto más amplio que se pueda imaginar sería equivalente al "texto" general de la cultura material; es decir, todos los objetos que han producido y producirán los seres humanos. Desde ahí "hacia abajo", el contexto, en principio, puede formarse en cualquier escala cronoespacial.

El contexto configura un microuniverso de significación, donde cada elemento de la cultura material adquiere significado para nosotros. Los contextos se mantienen en el mismo territorio ontoepistémico que el "texto", dado que involucran indisolublemente al objeto y al sujeto de la acción y la enunciación. Se

constituyen así en el lugar de encuentro significativo entre ambos, y en el escenario de una pretendida lucha de poder. El *contexto* es la "arena" en la cual se desarrollan esas luchas mediante la manipulación de los objetos-signo.

El objetivo de los textos posprocesuales es comprender, captar (*grasp*) las intenciones, valores y esquemas organizativos de la acción humana o, en otras palabras, "penetrar" en los contextos de la acción en sintonía con la hermenéutica contemporánea de M. Heidegger o H.-G. Gadamer. La investigación se inicia por cualquiera de los elementos integrantes del contexto, puesto que las vinculaciones establecidas entre todos ellos garantizan el retorno al punto de partida (HODDER 1987c, 45).

Sin embargo, para las arqueologías posprocesuales el significado nunca se presenta completo en sí mismo; siempre remite a otros, temporal y espacialmente ausentes. En ello, y principalmente a cargo de Shanks y Tilley, se reitera la deuda con los conceptos derridianos de "huella", *différence* y "diseminación", y con la crítica radical a la hermenéutica tradicional. Cualquier significación, en su efímera donación de sentido, depende de lo que no es, de lo que excluye o de lo que se diferencia. Se reconoce, con otras palabras, un perpetuo "excedente" de significado que se manifiesta en la teórica inagotabilidad de las interpretaciones. No existiría un significado único que pudiese ser expresado en su totalidad (ley) y asumido como hecho o como proyecto posible por la concepción instrumental del lenguaje propia del positivismo. Así pues, la problemática del significado de los objetos constituye el primer punto de interés de las nuevas propuestas teóricas en su aprehensión, su multiplicidad y su expresión en el presente.

La pluralidad potencial de significados asociados a un objeto o grupo de ellos sólo quedaría momentáneamente fijada en la acción contextual (HODDER 1989, 69). Cuando, después de un cierto tiempo de exclusión o ignorancia de los humanos acerca de su existencia y su manipulabilidad (por ejemplo, cuando permanecen enterrados), tales objetos (o lo que queda de ellos) son tomados en consideración por los arqueólogos, el sentido prolifera de nuevo. Cualquier intento de generalización al estilo "intercultural" de la *New Archaeology* se juzga como una empresa condenada al fracaso, ya que los significados atribuidos a un objeto varían de un contexto a otro sin norma fija. La arqueología encuentra en esta dispersión del sentido su medio de actuación. Hacer arqueología es realizar "una práctica interpretativa, una intervención activa involucrada en un proceso crítico de labor teórica que vincula el pasado y el presente" (SHANKS, TILLEY 1987a, 103).

En el acto interpretativo se debe intentar renunciar a los significados finales y a la idea de coherencia unitaria, en favor de un "conocimiento estratégico" enraizado en las estructuras de poder contemporáneas (SHANKS, TILLEY 1987b, 60). Los arqueólogos, como autores posicionados en los conflictos sociopolíticos de su tiempo, leen (interpretan) y producen textos: de ahí su pluralidad y la imposibilidad de un consenso universal. He ahí la primacía del discurso y de la "intertextualidad" sobre cualquier pretendido referente (el pasado o las evidencias "objetivas").

“Individuos, grupos de interés y sociedades, todos tienen diferentes perspectivas del pasado. No hay ni puede haber un *pasado* monolítico e indiferenciado. En su lugar, hay pasados múltiples y en competición, generados en función de orientaciones políticas de tipo étnico, cultural y de género” (SHANKS, TILLEY 1987a, 11).

Se podría decir que el arqueólogo@ tiene una función, como los objetos la tienen en la red de relaciones contextuales: la de establecer códigos que permitan descifrar una gramática y establecer una lectura. No obstante, según el sentir posprocesual el arqueólogo@ que se aproxima a una información arqueológica (en el campo o en un texto) es ya una pluralidad de otros textos y prácticas, de códigos cuyo origen parece insondable. Por ello sólo cabe esperar que sobrecargue con su subjetividad la excavación y los nuevos textos. La figura del arqueólogo@ habría pasado de consumidor de estratos (tradicional) a productor de textos (posprocesual).

Procedimientos de control

Si hacemos caso de los anteriores posicionamientos, resulta claro que ante lo arqueológico se abriría un campo de libertad tan extenso que cualquier interpretación tendría cabida. No es casual que coincidiendo con el punto de mayor proximidad con los enunciados postestructuralistas, a nuestro juicio expresado por Shanks y Tilley en sus obras de 1987, las fronteras de la arqueología parecieran prestas a difuminarse. Lo arqueológico dejaría de ser designado con este nombre para fundirse en el juego intertextual de los géneros y de las narrativas contemporáneas. El horizonte de lo que hemos denominado *postarqueología* (LULL *et al.* 1990) era entonces visible. No obstante, pronto quedó claro que ello no era así. Pese a que se reitera la naturaleza plural y polisémica de la arqueología, quienes promovieron inicialmente las perspectivas posprocesuales se cuidaron también de señalar que “no todo vale”. Al efecto, se mencionan “elementos de control” que limitan la naturaleza y el alcance de las interpretaciones. Éstas dependen de las siguientes circunstancias:

- De los datos disponibles. Cuantos más datos tengamos, será posible identificar un mayor número de relaciones y, por tanto, obtener una interpretación más correcta del significado (HODDER 1988a, 169-170, 62; 1987c, 43). Se alude con ello al ajuste con los datos empíricos disponibles (HODDER 1988, 119) y a las “redes de resistencia” que ofrecen los mismos.
- De la “imaginación histórica”, mediada por nuestros conocimientos personales y nuestra comprensión del presente (HODDER 1988a, 118), y “estimulada” por analogías, principalmente etnográficas/etnoarqueológicas (HODDER 1988a, 173). En el punto de partida “imaginativo” se reconoce también la constatación de ciertas oposiciones estructurales interculturales, como hombre: mujer, naturaleza: cultura, vida: muerte, etc. (HODDER 1982c, 215).
- De la “agudeza” propia de cada investigador.
- De la coherencia interna de las argumentaciones.

Resulta obvio que los elementos de control mencionados tienden cables hacia “paradigmas” establecidos y aparentemente opuestos a las tendencias posprocesuales. Entre éstos figura el énfasis en la imaginación histórica para la *reconstrucción* de las estructuras simbólicas, muy emparentado con el quehacer de las arqueologías tradicionales, así como los criterios que deben decidir las interpretaciones correctas de las incorrectas, en clara sintonía con la evaluación procesual entre teorías contrapuestas. En esta dirección se alinean algunas publicaciones de Hodder (1991), que vindican en cierta forma el objetivismo y la autoridad de *la* verdad y sitúan claramente a su proyecto en el ala conservadora de la tendencia posmoderna en arqueología.

Además, tanto Hodder como Shanks y Tilley se recolocan en la línea de la hermenéutica clásica de Gadamer al retomar la necesidad del requisito de “congruencia” en las interpretaciones (GADAMER 1991, 360-361). En función de éste, coinciden en señalar la “coherencia interna” de las argumentaciones como criterio que permite aceptar unas interpretaciones y desechar otras.⁸ De ahí que un texto “coherente” será aquel que “tenga sentido en el mundo del arqueólogo” (HODDER 1988a, 119). En otras palabras, se deja al “sentido común” la tarea de separar lo aceptable de lo no aceptable (LULL *et al.* 1990). Esta afirmación supone ciertamente una contradicción respecto al compromiso político anti-inmovilista en las luchas del presente que, en especial Shanks y Tilley, reivindican para la arqueología, ya que supone aceptar la hegemonía del discurso del “sentido común”, constituido por los enunciados de control social que favorecen los intereses dominantes.

Junto a esta alusión al “sentido común” se menciona el ajuste con los datos empíricos disponibles (HODDER 1988a, 119). En el caso de Shanks y Tilley, tendría que ver con sus “redes de resistencia” que, paradójicamente, invitan al restablecimiento de la autonomía del objeto respecto al sujeto. En este punto nos asalta una pregunta: ¿por qué debería haber “resistencia de los datos” si estos están “cargados” con la teoría del intérprete? Este postulado objetivista es el primero de una serie que tiende a limitar la propuesta posprocesual de una arqueología “plural”.

Otro de los límites hermenéuticos posprocesuales afecta a los significados expresados en cada interpretación. Señalábamos anteriormente que la cultura material se configura como un medio significativo para la acción y transformación social en función de estrategias de poder enfrentadas. El contexto, la unidad interpretativamente relevante, se define tam-

8. Estos dos últimos investigadores pueden haber manifestado un cambio estratégico desde la posición expresada en 1987 (SHANKS, TILLEY 1987a) sobre la cuestión de la coherencia. En un texto posterior (SHANKS, TILLEY 1989, 9), leemos lo siguiente: “Ya no podemos garantizar la validez de lo que decimos intentando situar nuestro discurso como una relación de conocimiento que implique correspondencia, coherencia o cualquier otra cuestión.” Creemos que este planteamiento se sitúa en una línea más “coherente” con la radicalidad de su propuesta textual, aunque no podamos dejar de reconocer ambigüedades o contradicciones en sus enunciados.

bién por ser la “arena” en la cual se desarrollan las luchas políticas mediante la manipulación de los objetos-signo. Por tanto, si cada lucha enfrenta dominados contra dominadores, deberíamos esperar ver recogidas estas diferentes estrategias (control-dominio *versus* resistencia-sabotaje) en las interpretaciones propuestas. Sin embargo, no ocurre así. Cada lectura contextual revela un solo sentido: invariablemente el sentido de la dominación. Los hombres sobre las mujeres en Çatal Hüyük (HODDER 1987c, 1990), los hombres ancianos sobre el resto de la población en los linajes del neolítico medio escandinavo (TILLEY 1984, SHANKS, TILLEY 1987a).

En la práctica, a cada contexto corresponde un único sentido. Todos los elementos y asociaciones significativas (presencia/ausencia de elementos de significado supuestamente opuesto, su disposición espacial, connotación estilística) reflejan una sola intención (individual o grupal). En suma, parece que en lugar del reinado de un sentido universal para los objetos, como hace la arqueología procesual (por ejemplo, acequia de regadío = intensificación de la agricultura; objeto de adorno = estatus), se proponen “regiones” de significación (contextos) en las cuales un sentido particular se convierte en el único referente. La llamada a la pluralidad de interpretaciones debería entonces leerse en clave de “pluralidad de autoridades” (MICÓ 1993, 239).

Los discursos arqueológicos como tema de escritura

El énfasis posprocesual al considerar que los textos arqueológicos crean el pasado ha favorecido que los propios discursos se hayan constituido en objetos de estudio e interpretación. En las interpretaciones posprocesuales no son sólo los contenidos los que se discuten, sino la forma en que tales contenidos se expresan. Aquéllos no son independientes de los trazos en el papel que los representan, ni su distinción es ya pertinente. El interés reside más en describir *cómo* se producen los significados, que en los significados y representaciones en sí mismos (*supra*); el proceso de elaboración textual es tan importante o más que los referentes materiales para cuyo estudio se fundó la disciplina.

Desde los primeros textos posprocesuales, el análisis de la estructura y de la articulación de los enunciados en discursos comienza a constituirse en un campo con un notable potencial crítico. A diferencia de la concepción de la escritura como un simple instrumento o vehículo de significados inequívocos, el discurso comienza a considerarse ahora como el medio de producción del significado. Esto implica que “el contenido del discurso consiste tanto en su forma como en cualquier información que pueda extraerse de su lectura” (WHITE 1992, 60). De ahí que el tipo de relato seleccionado conlleva en cada caso la modificación de los significados producidos. Desde esta perspectiva, las monografías o informes arqueológicos dejan de contemplarse como el reflejo transparente de una realidad del pasado y de una lógica de investigación ordenada, tal y como sostienen quienes se dejan llevar por la ilusión empirista (TILLEY 1989).

Lo primordial de toda actitud crítica reside en cuestionar la logística de archivo que subyace en las monografías puramente factuales, en las que el registro y conservación de datos pretenden dar una apariencia de neutralidad y objetividad (SHANKS, TILLEY 1987a, 17). Sin embargo, la interrogación alcanza también a los textos divulgativos, a los catálogos de exposiciones, a los manuales de iniciación o a las síntesis temáticas (SHANKS, TILLEY 1987b, 15-24). Se trata de examinar la estructura formal de los textos arqueológicos, los géneros que conforman y las articulaciones específicas de enunciados que presentan. Mediante esta *deconstrucción* de los textos arqueológicos se puede poner de manifiesto la acientificidad, las antinomias y la naturaleza ideológica de los discursos y actitudes hasta ahora bien acordes con las demandas de lo “políticamente correcto” en cada momento y situación, desde la Alemania nazi al liberalismo capitalista. Paralelamente, se postula la liberación y ampliación de los géneros literarios en que se expresa lo arqueológico. La meta: una poética arqueológica, política y socialmente comprometida.

Arqueología y compromiso político

Desde la perspectiva de que los discursos están recorridos por relaciones de poder, de que constituyen un arma poderosa en la lucha social y su control un objetivo táctico, cualquier criterio rígido de demarcación universal se considera una imposición que intenta favorecer ciertos intereses en detrimento de otros. En esta clave se lee, desde las últimas formulaciones críticas, la hegemonía del discurso científico sobre otros saberes “dominados”. A efectos prácticos, se considera que el binomio *New Archaeology-Ciencia* desacredita o deja sin voz efectiva a toda una serie de discursos sobre el pasado (feministas, indigenistas, nacionalistas, etc.) potencialmente subversivos dentro del mundo capitalista actual.

Para la arqueología neopositivista, el grado de apoyo empírico constituye el criterio para descartar o avalar una hipótesis entre otras alternativas. El “sólido bloque de datos”, la existencia de una realidad que se manifiesta inequívocamente ante nuestros sentidos proporciona medios objetivos para dirimir cualquier disputa entre proposiciones no coincidentes. En cambio, para las tendencias posprocesualistas, la “verdad” del relato radica en su uso, en su mayor o menor eficacia táctica en el mantenimiento o subversión de las relaciones de poder intelectuales y académicas (SHANKS, TILLEY 1987a, 18). De ahí también las contracríticas recibidas a causa del “relativismo” y de la “subjetividad” que rezuman, doblemente por cuanto esta concepción de la verdad cuestiona la neutralidad de la ciencia.

Más allá de todo lo que hemos comentado, los textos posprocesuales han potenciado y ampliado el debate sobre la vinculación de los intelectuales con la situación política en la que desarrollan su labor (BAKER, THOMAS 1990; HODDER 1988a, 1990; PINSKY, WYLIE 1989; SHANKS, TILLEY 1987a, 1987b). El compromiso con la transformación del presente y, en relación a ello, el cuestionamiento de la neutralidad del conocimiento, constituyen temas

fundamentales en la tradición marxista y han sido motivo de vivas polémicas a lo largo de este siglo en disciplinas como la antropología, la geografía o la historiografía.⁹ En arqueología, sin embargo, el planteamiento de estos problemas había sido marginal hasta comienzos de los años ochenta. Un aspecto que han subrayado algunas arqueologías posprocesuales al retomar esta crítica es que buena parte de los profesionales no reconocen las implicaciones políticas de la práctica arqueológica. De acuerdo con ellos, la idea que se trasmite es que el pasado se escribe desde el presente para favorecer intereses actuales. En el marco de las luchas socio-políticas de la sociedad capitalista, el control del pasado proporciona apoyos argumentales a actuaciones políticas en ámbitos no estrictamente discursivos.

En síntesis, desde las primeras perspectivas posprocesuales se reclamó una mayor conciencia crítica ante lo que parecía ser una actitud de connivencia entre las instancias arqueológicas universitarias y los poderes occidentales dominantes. La frecuente inconsciencia con que este apoyo se mantiene, bajo la declaración de apoliticidad de la labor arqueológica (y, por extensión, de sus practicantes), constituiría un efecto ideológico encaminado a privar a los actores sociales de la percepción de las consecuencias también sociales de sus prácticas. La realidad que plantea esta crítica arremete nuevamente contra la pretendida neutralidad y objetividad de la disciplina.

Sería difícil negar que la arqueología ha caminado de la mano del imperialismo y ha contribuido a su expansión erosionando y suplantando puntos de vista alternativos al orden masculino, blanco y cristiano, como los mantenidos por los pueblos indígenas del Tercer Mundo, los grupos marginados en el Primer Mundo por razones económicas, políticas, religiosas, nacionalistas, étnicas, etc., o bien las mujeres como colectivo. Desde su posición como especialista profesional y "autorizado", el arqueólogo decide en función de sus intereses ideológicos qué ha de conservarse y qué puede ser destruido y olvidado y, posteriormente, dicta al público lo que ocurrió en el pasado. Como reacción frente a esta norma, crece la convicción de

9. Los debates más intensos y la generación de nuevas alternativas de lucha se produjeron en las décadas de los sesenta y setenta, fundamentalmente a raíz de los efectos de las guerras que acompañaron a la descolonización y proletarianización del Tercer Mundo, al aumento de la pobreza en estos países y, más en general, a las tensiones surgidas a raíz del crecimiento paralelo de las grandes metrópolis (marginalización, miseria). En antropología se cuestiona sobre todo el papel del estructural-funcionalismo como notario complaciente de la opresión colonial y, en general, toda la disciplina como "hija del imperialismo" (GOUGH 1968; véanse también los artículos de BANAJI 1977; FORSTER 1977 y GODDARD 1977). En geografía, se desvela la complicidad de la disciplina en el desarrollo del capitalismo y, más directamente, como "arma para la guerra" (LACOSTE 1977; véanse las numerosas contribuciones publicadas en revistas como *Hérodote* o *Antipode*). En historiografía se rechazan escuelas e interpretaciones que producen pasados legitimadores de las desigualdades actuales y se anima la producción de explicaciones liberadoras de la alienación ideológica que aquéllas ocasionan ("la historia como arma") (CHESNAUX 1984; MORENO FRAGINALS 1983). Una gran parte de estos enfoques críticos se sitúan en la línea del pensamiento marxista.

que estas visiones son dogmáticas y reductoras de la historia y que funcionan al servicio de poderes extracientíficos/académicos involucrados en el control y explotación de importantes sectores de la población mundial. La disciplina arqueológica, como práctica social en el presente, debe ser consciente de este hecho, tomar partido en favor de los oprimidos y pasar a vincularse a programas de investigación que se sirvan de "la diferenciación del pasado para desafiar y reestructurar el lado oscuro de la modernidad: dominación, explotación, represión, violencia, alienación" (TILLEY 1990, 19).¹⁰

Este proyecto se presenta desde una postura inconformista frente a la modernidad y el proceso de racionalización capitalista en que ha desembocado. Desde esta perspectiva, se reconocen las consecuencias negativas desde el punto de vista ético, político y social (las "patologías" de la modernidad) que las prácticas realizadas en nombre del "progreso", la "racionalidad" y la "modernización" han ocasionado en la época contemporánea. Sin embargo, desde las posturas críticas recientes se mantiene todavía la confianza en el potencial liberador del humanismo ilustrado y en el papel que la arqueología puede jugar en la realización de su proyecto, en tanto disciplina capaz de acceder a las gentes excluidas del discurso escrito elitista. Con este objetivo en vistas, la principal preocupación, paradójica por otro lado, estriba en hallar mecanismos y actitudes para "democratizar" el pasado, facilitando lugares desde donde puedan elaborarse interpretaciones políticamente alternativas a las que defienden los discursos establecidos; subvirtiendo las pretensiones de verdad de estos últimos; mostrando cómo proyectan "hacia atrás" los valores capitalistas en lo que constituiría una estrategia ideológica con fines reaccionarios; generando interpretaciones efectivas de la "resistencia al terror y a la desigualdad"; en fin, tratando incluso de erigirse en ocasiones como la "fuerza vengadora de las víctimas del pasado" (BAKER 1990, 56-57).

Arqueología ¿por qué y para qué?

Estas nuevas actitudes han supuesto, en palabras de P. Kohl (1985), una "segunda pérdida de la inocencia" para la arqueología: ¿qué sentido tiene la práctica arqueológica en la sociedad actual?, ¿con qué otro tipo de prácticas se imbrica?, ¿a qué intereses sirve?, ¿es éticamente legítima la práctica arqueológica tal y como se ha desarrollado hasta la fecha?, ¿qué arqueología(s), para qué presente(s) y en función de qué proyecto(s) social(es), si es que es todavía lícita su elaboración? ¿sería posible elaborar una arqueología que contribuya a la instauración de una sociedad en la que los seres humanos no deban luchar para gozar del bienestar?

La crisis se ha planteado y se trata de una crisis de legitimidad. Nos afecta a todos y hay que conceder a los enfoques posprocesuales el mérito de haber tenido la valentía de plantearla con contundencia. Por un lado, la racionalidad pragmática de nuestra época,

10. Debemos recordar aquí que la defensa de actitudes emancipadoras choca con cualquiera de los discursos posmodernos.

que exige justificaciones basadas en criterios de eficiencia-rentabilidad (LYOTARD 1987, 86 y ss.), impone a la arqueología más que nunca la explicitación de una utilidad medida en términos económicos. En otras palabras, la arqueología institucional, como parte del aparato burocrático del estado capitalista, debe compartir con otras instancias públicas una imagen de racionalidad ejemplar. Por otro lado, aunque en estrecha vinculación con el punto anterior, debe justificarse ante una audiencia general, el “pueblo” en las sociedades democráticas occidentales, quien, al menos teóricamente, es el poseedor de la soberanía y el contribuyente al que hay que rendir cuentas. Este objetivo no es cosa fácil, a tenor de las opiniones negativas manifestadas por importantes sectores de la población. Si la arqueología universitario-científica no produce beneficios en el sentido de la ganancia capitalista; ni ilustra, pues se mantiene confinada a las aulas universitarias y a áridas publicaciones de circulación restringida; ni tampoco divierte, ya que el entretenimiento con referentes arqueológicos se genera en otros lugares (TV, internet, cine), ¿por qué seguir practicando una actividad tan poco provechosa?

Podemos considerar que la arqueología anterior a los ochenta se veía legitimada ante la sociedad por su capacidad de establecer lo verdadero y desechar lo falso (las verdades científicas de la *New Archaeology* o la verdad empírica del inductivismo tradicional); por alinearse junto a los saberes que permiten decidir lo justo de lo injusto (el sentido común de la opción política dominante); o bien por la autoridad intrínsecamente derivada de su estatus universitario (el lugar privilegiado de la producción del saber; la morada de los sabios respetados). En cambio, hoy en día, en la época del capitalismo salvaje a escala mundial, cuando su racionalidad técnico-instrumental puede campar a sus anchas, y más ahora tras la disolución del Bloque del Este y los efectos de la globalización, “la moral de empresa” tiende a erigirse como modelo de organización interindividual y satisfacer las normas de eficiencia-rentabilidad-apariencia deviene cada vez más una necesidad imperiosa. El riesgo de no hacerlo implicaría la eliminación de la disciplina. La amenaza de este porvenir nada halagüeño ha influido poderosamente en el énfasis actual en “vender” arqueología, “patrimonio” o “pasados”.

En este contexto, dar voz a l@s marginad@s y promover un diálogo social con efectos liberadores parecería ser el objetivo correcto de una arqueología crítica y comprometida, pero resulta sorprendente encontrar ese deseo en el posprocesualismo posmoderno que, ante todo, rechaza las teorías emancipatorias, desde el Cristianismo hasta el Comunismo, pasando por el Liberalismo capitalista. Y es que, por mucho que contradiga el sentir posmoderno que le es tan grato, la arqueología posprocesualista se ve abocada a presentar objetivos emancipatorios cuando se muestra en sociedad. Ello supone comprometerse a trabajar para proporcionar conocimientos (enseñar), dar voz a quien no la tiene y confiar en que con ello se construya una sociedad mejor. En el camino hacia esos objetivos encontrará aliados insospechados, entre los que a buen seguro figurarán arqueólogos@s “científistas”.

Síntesis

En las páginas precedentes hemos tratado de mostrar los rasgos más característicos de las primeras arqueologías posprocesuales, a partir de los trabajos de los autores más representativos: I. Hodder, M. Shanks y C. Tilley. Además, en ciertas ocasiones hemos comentado críticamente algunos de los aspectos más controvertidos de sus propuestas. Dejamos para el final una síntesis valorativa que pretende acotar críticas y exponer algunas reflexiones.

Ontología y epistemología: hacia un horizonte más medurado

Una de las conclusiones más claras es que la radicalidad expresada en los planteamientos teóricos de las propuestas críticas surgidas a inicios de la década de los ochenta incurre en contradicciones con otros enunciados de su discurso y no se corresponde con su práctica. De ahí que no se produzca el alejamiento o desmarque respecto a las otras arqueologías, como cabía esperar vistos los movimientos iniciales de frontal rechazo hacia éstas. Las paradojas más evidentes atañen a la ordenación del registro empírico y a la actitud frente a la empresa interpretativa. Respecto al primer tema, las propuestas posprocesuales aceptan los criterios tradicionales a la hora de ordenar el registro empírico y definir el objeto de estudio.¹¹ En cuanto al segundo, se observa que sí se establecen reglas en la producción del saber/conocimiento prosprocesual, como muestran los límites puestos a la actividad hermenéutica en función de la “resistencia” de los datos, el “sentido común” del presente, la formación y agudeza intelectual y la orientación política del investigador.

El uso de criterios de selección tanto en las explicaciones científicas como en las interpretaciones posprocesuales, recalca por una vez la afinidad de ambos “bandos” pretendidamente irreconciliables. En realidad, pocos arqueólogos tradicionales o procesuales defenderían que sus investigaciones aspiran a una verdad permanente, aunque sí a alcanzar “verdades parciales”, entendidas como “modelos contrastados”. Bajando de esta ampulosidad terminológica a la crítica posmoderna, la arqueología posprocesual denominaría dichas verdades parciales como “interpretaciones exitosas” y serían apetecibles para unos y otros. De hecho, los mecanismos inferenciales/interpretativos entre unos y otros resultan coincidentes a nivel estructural: la superposición de una “capa” interpretativa sobre una materialidad arqueológica ordenada espacio-temporalmente según criterios tradicionales (LULL, MICÓ 1997, 1998; MICÓ 1993, 1998). La novedad posprocesual tiene que ver más con el cambio de los referentes aludidos en dicha “capa”,

11. Véanse SHANKS, TILLEY (1987a, 137-171) y HODDER (1990) para sendos ejemplos de continuidad con el objeto de estudio tradicionalmente elaborado. En estos casos, los autores asumen la validez de los procedimientos tradicionales para organizar y pautar los objetos arqueológicos, de forma que las nuevas lecturas se producen sobre unos fundamentos incuestionados.

que pasan a ser ahora principalmente nombres de la antropología neomarxista francesa, que con un cambio verdaderamente radical acerca de cómo pensar, organizar y practicar el saber arqueológico.

En suma, en el ámbito de la producción de conocimiento, lo posprocesual no es netamente posmoderno si entendemos este último término como una actitud de ruptura radical con el proyecto científico modernista-ilustrado. Más bien, la arqueología posprocesual constituiría un movimiento más de vanguardia modernista que bebe de muchas fuentes filosóficas no siempre bien avenidas: estructuralismo, neomarxismos y, en menor medida, postestructuralismo.

Política y arqueología

Creemos que las arqueologías críticas posprocesuales han sabido canalizar diversas inquietudes y rechazos de una gran parte de quienes están desencantados a causa del monopolio capitalista y académico del saber. Ello les ha impulsado a poner en cuestión todo absoluto o universal bajo la consideración que fueron establecidos por los intereses dominantes. Para luchar frente a ello sólo caben dos posibilidades: enfrentarse colectivamente con las mismas armas o, desde la indiferencia, intentar *deconstruir* los discursos para desenmascarar públicamente sus intenciones. Desgraciadamente, el énfasis en la argumentación subjetiva e individual y la negativa a encontrar factores comunes objetivos y métodos de aplicación de nuevas alternativas sociales, ha supuesto en la mayoría de los casos una nueva forma de connivencia con los poderes establecidos y una vuelta a maneras de hacer basadas en iniciativas personalizadas que rezuman actitudes neoconservadoras.

En cualquier caso, las críticas vertidas contra una arqueología en buena parte solidaria con el aparato tecnoburocrático del Estado del cual forma parte y de donde recibe los recursos para su mantenimiento, sí constituyen a nuestro entender un arma cargada de posibilidades, aunque insuficientes si van acompañadas por banalidades contra la empresa científica y su rigor metodológico.

Todos los autores posprocesuales comparten el sentimiento de la duda. A la duda sobre el sujeto, el protagonista de la investigación desde Descartes, se añade la duda sobre el objeto, en este caso porque el “pasado” sólo existiría como proyección del sujeto fragmentado de la posmodernidad. La duda puede ser productiva si favorece la inquietud por conocer y fomenta la apertura de nuevos espacios de relación. Si, en cambio, se convierte en una actitud vital por principio, proporciona tranquilidad. Tranquilidad política, pues suele evitar el compromiso; tranquilidad social, por la escondida certitud de que no acarreará una crisis de transformación, sino sólo una crisis formal, conceptual, metafísica.

Inundado por la duda, el pensamiento posmoderno acaba por vivir cómodamente dentro del sistema o, al menos, evita ir contra el sistema. En ambos casos, el éxito se consigue al no chocar con los sistemas democráticos occidentales. Éstos dan cabida a un amplio abanico de ideas, siempre y cuando tales ideas

estén integradas y se ajusten a los mecanismos de reproducción del capitalismo. Uno de tales mecanismos, precisamente, consiste en fomentar movimientos aparentemente radicales. Nada más fácil para el mantenimiento del orden que favorecer a quien está contra todo y a favor de nada. Nada más inofensivo. Se trata de un seguro de vida para el sistema. La apariencia crítica de la posmodernidad, combinada con su defendida ausencia de alternativa de futuro, abona el terreno para obtener beneficios en el presente.

Dirijamos nuestra atención de nuevo hacia la arqueología. El sentir posmoderno traducido en arqueología por lo posprocesual es una caricatura. En principio, el texto posprocesual va dirigido a minar un sistema que se ordena bajo la dictadura del objetivismo y que sigue ostentando el poder en los departamentos universitarios y demás dominios arqueológicos. Se critica al sistema tradicional por imponer unas reglas de juego ajustadas a sus intereses. La acción que procura y posibilita tal dictadura es la clientela, la dependencia o servidumbre de los agentes a la ideología generada por los individuos o grupos que ostentan el poder. Por ello y dado que es propio de la acción humana manipular los principios que dicha estructura social posibilita y limita, se actúa en consecuencia para dismantelar el orden “simbólico” subyacente. La esperanza es que ello procure otros órdenes que exijan un nuevo sistema, por supuesto más libre (se podrá escribir cualquier cosa), más real (lo real somos nosotr@s), más democrático (todo el mundo podrá escribir) y más reflexivo (las diferencias sociales se tratarán sobre el papel).

No hay duda que la crítica posmoderna ha denunciado las incongruencias de los sistemas tradicionales, poniendo en crisis los lugares comunes de ideologías dominantes. También ha señalado las incongruencias de las instituciones, pero resulta inofensiva porque carece de compromiso político en su praxis y sólo desarrolla una ética o, mejor, un sentido ético autodenominado crítico. En arqueología, la inofensividad es total y, por tanto, puede proporcionar a sus defensor@s, a quienes podríamos llamar “postarqueológ@s”, un lugar social acomodado. Lo comprobamos sólo con echar un vistazo a la historia reciente de su práctica. Una vez que lo posprocesual irrumpió públicamente con sus enunciados críticos radicales, ¿qué actitudes y posturas se sucedieron en los años posteriores? Una postura crítica como la posprocesual, sin ir acompañada de alternativas que permitan superar las múltiples “patologías” de la arqueología moderna, no puede repetirse más de *una* vez desde la misma posición académica o institucional. Insistir año tras año en una mera actitud crítica resta credibilidad a la propia crítica y sólo puede entenderse, como sugería Lyotard, en función del intento de instaurar un nuevo “negocio” académico y de la correspondiente captación de “socios”, reproduciendo así el *statu quo* que se pretendía derribar.

Últimas reflexiones

La mayoría de l@s arqueológ@s de todas las tendencias sabemos además que la arqueología universitariainstitucional se encuentra en posición de

“fuera de juego”. Sea cual sea el papel que el pasado tiene en el presente, el protagonismo lo tienen otros ámbitos de difusión sólo remotamente conectados con los departamentos universitarios. La arqueología oficial únicamente puede competir con ellos cuando adopta su misma forma; o sea, cuando se sitúa en el plano del “show”, como en las grandes exposiciones auspiciadas por empresas nacionales, multinacionales o administraciones públicas, o bien en ciertos museos “participativos”, que invitan al visitante a sentirse actor en una representación o espectador de una puesta en escena estéticamente atractiva, aunque pocas veces consolidada científicamente.

Es por ello que una arqueología políticamente comprometida no puede estabilizarse en las críticas teóricas, ni lavar la cara de las instituciones de poder social para que sigan igual, pero con la apariencia de haberse convertido en más “abiertas” y presentables. Tampoco creemos que deban restringirse a girar los sentidos de los textos que tienen a los objetos “por objeto”, y a generar lecturas de los mismos más oportunas para los gustos o el “sentido común” del presente.

Una arqueología comprometida debería enfatizar que los objetos son fabricados y utilizados en la transformación del medio natural para obtener beneficios económicos y sociales. Pero, a la vez, que los objetos también fabrican individuos y mantienen las relaciones de dependencia intergrupales en el seno de muchas sociedades. El poder se ejerce, se “imprime” en los individuos y los objetos (además de los gestos, discursos orales, escritos que acompañan su presentación y su utilización), actúan como puntos de aplicación de la fuerza de impresión. Coartan acciones, acostumbra al cuerpo a realizar otras, favorecen gestos, miradas, posturas, hábitos y, al hacerlo, coartan otras posibles maneras de pensar y de actuar. Además, metaforizan la relación interindividual “invisible” que ocasionó su génesis (la producción en condiciones determinadas) que pueden contribuir a mantener o bien a subvertir.

El deseo del mantenimiento o la subversión socio-político-económica se halla a un nivel distinto al de la materialidad objetual. Está fuera del objeto, pero no es ajeno a él. En el momento del objeto-práctica o de la práctica que involucra objetos, se establece una inmanencia en nuestras sociedades contemporáneas y, seguramente, en otras muchas: la actualización continua de las asimetrías interindividuales. El control sobre las “cosas”, que en ocasiones se califica como “riqueza”, requiere del control sobre las personas. Sin embargo, lo más importante es que el control sobre las personas se realiza, entre otros mecanismos, mediante el control de las “cosas”. Desde nuestra perspectiva, la explotación económica implica y supone, fundamental y prioritariamente, un dominio sobre individuos; un dominio que, en segunda instancia, permite el control sobre lo que éstos producen, tanto a nivel de cantidades como de decisiones cualitativas acerca de qué y de cómo se produce.

Asumimos que este “trabajo” en la producción de individualidades concretas está en función de disimetrías sociales cuyo funcionamiento excede con mucho los juegos de poder individuales en contextos concretos. Su reproducción requiere repetición, im-

presiones reiterativas, “domesticación” de los cuerpos en direcciones específicas. El poder se ejerce cuando obliga a ejercitar, no sólo cuando reúne ejércitos, aunque sepamos que eso mismo sólo es posible bajo unas condiciones materiales determinadas. Sólo en esos casos puede producirse una reiteración de los objetos-prácticas, un trabajo de “impresión” en el que se graban normas y conductas: de un@s a otr@s, un@s *contra* otr@s. En cualquiera de estas eventualidades se hace intervenir objetos.

Sin embargo, el poder como dominio y el poder como resistencia pueden expresarse de manera polimorfa. Si bien enfatizamos en primera instancia lo manifestado de manera normativa, este objetivo no constituye un fin en sí mismo que deba agotar el análisis. Lo normativo expresa su fuerza porque se aplica contra algo y ese algo es multiforme y heterogéneo. No se afirma algo a partir de la elección en la diversidad. Se afirma algo contra otros “algos”, contra prácticas, pensamientos, actitudes, contrarias o insoportables. En este sentido, lo normativo no afirma tanto como reconduce, aparta y oculta. Centrarse en lo primero olvidando lo segundo supondría reconocer su éxito. Es el “éxito transhistórico” del poder, en virtud del cual hoy en día sólo se considera meritorio dedicar atención (léase “tema de estudio” en las disciplinas humanas) a lo que ha “triunfado” en las sociedades clasistas, a lo que se autoafirmó tornándose reconocible; triunfo que significa subordinación de la multiplicidad de los lugares de manifestación de lo heterogéneo y focalización a lo Mismo, a una homogeneidad identificable. Desde la perspectiva de los poderes dominantes, lo diferente deja de ser muchas veces compañero para convertirse en contrincante, objeto a neutralizar que justifica la instrumentalización de recursos para la consecución de dicha meta.

Centrar la investigación arqueológica en los centros dominantes del pasado reconociendo únicamente las normas como (los) temas legítimos, constituye lo que llamaríamos un efecto de poder diferido (en el caso de la arqueología han pasado miles de años entre un evento —práctica con efectos materiales— y otro —análisis arqueológico—) de las antiguas prácticas de dominación que generaron “patrones” materiales observables. En una especie de complicidad a escala transtemporal, ciertas arqueologías actualizarían el efecto no intencionado de quienes dominaron poblaciones en el pasado. Si la norma como repetición/imposición procura y requiere el olvido de lo diferente/contrario, estudiar únicamente aquélla significa perpetuar el olvido y, lo que es más importante, fomentar el aprendizaje del olvido. En este punto es donde se hace el juego a los poderes dominantes de nuestro tiempo. La cuestión se hallaría entonces más allá de la elucidación de los criterios que deciden lo verdadero y lo falso, lo verosímil y lo absurdo o, en otro eje, las operaciones que definen la epistemología y la hermenéutica, el conocimiento y la comprensión. La política intelectual institucionalizada, en cuyo ámbito se desarrolla la labor arqueológica, buscaría todo esto y, al tiempo, mucho más que esto. Se trataría de poner en práctica, de inculcar “políticas del olvido”, locución afín aunque no intercambiable a las “políticas de la verdad” de Foucault.

Una lección magistral sobre cualquier temática arqueológica (desde por ejemplo los orígenes del Estado o la adopción de la agricultura) supone, por ejemplo, la transmisión de ciertos saberes sustantivos en cuanto dotados de referentes reales. Al impartirla, debemos ser conscientes de que podemos convertirla en un ejercicio que invita al olvido de lo “aestatal” y, fundamentalmente, de lo antiestatal. Olvido interesado, en cuanto acción de “borrado de claves interpretativas” en relación a ciertos hechos y datos que los poderes dominantes en la actualidad consideran proscritos. De este modo, más allá de las polémicas sobre lo acertado o no de tal o cual teoría, lo que resulta decisivo es el hecho de que el tema, por sí mismo, nos “entrene” para pensar en términos de estatalidad, en las multiplicidades o determinaciones unívocas que desembocaron en su formación, pero nunca en las que se opusieron a ella, en las que trabajaron para su subversión o en las nuevas formas de organización que pudieron y podrían ser inventadas fuera de este sistema social. Este es un efecto de poder actual y brutalmente material y tangible, aunque se presente a menudo bajo la rúbrica del objeto de estudio culto, académico.

Sin embargo, una actitud de denuncia o de deconstrucción permanente no basta. A quienes rechazan de plano todo lo que tenga que ver con la “ciencia” o la “razón”, arguyendo que muchas de las atrocidades cometidas en los dos últimos siglos se han justificado en su nombre, proponemos dos observaciones que invitan a la reflexión:

a) Similares o mayores atrocidades se han cometido o pueden cometerse y justificarse recurriendo a conceptos diferentes o antagónicos a “ciencia” y “razón”.

b) La ciencia puede seguir suministrando conocimientos que hagan crecer alternativas para la lucha social, como ha sucedido otras veces en el pasado.

En suma, proponemos que se siga trabajando en establecer procedimientos para *saber*, capaces de *aprehender* los mecanismos de explotación y coerción sociales, y capaces también de conocer las circunstancias objetivas y subjetivas del *poder* que suele acompañar la formación del propio saber. Afirmamos que el poder o los poderes sociales a que hemos hecho alusión en este último apartado se ejercen siempre sobre bases materiales y no simplemente desde los deseos, voluntades, convicciones ideológicas o habilidades negociadoras de los individuos situados en contextos de relación concretos. Por último, abogamos por que dichas bases reales (mujeres, hombres y restantes condiciones materiales de cualquier sociedad) puedan llegar a conocerse y comunicarse sin que ello dependa por entero de la intensidad subjetiva de observador@s y receptor@s.

Vicente Lull

Departament d'Antropologia Social i de Prehistòria
Universitat Autònoma de Barcelona
Campus de Bellaterra, Edifici B.
08193 - Bellaterra (Barcelona)
lubio@arrakis.es

Rafael Micó

Programa “Ramón y Cajal”
Departament d'Antropologia Social i de Prehistòria
Universitat Autònoma de Barcelona
Campus de Bellaterra, Edifici B.
08193 - Bellaterra (Barcelona)
Rafael.Mico@uab.es

Agradecimientos

Este texto se ha beneficiado de las críticas y comentarios efectuados por P. V. Castro, T. Escoriza, S. Gili, C. Rihuete Herrada, R. Risch y M.^a E. Sanahuja Yll sobre una versión preliminar del mismo. A todos ellos nuestro más sincero agradecimiento. Queremos expresar, sin embargo, que la responsabilidad de lo escrito es enteramente nuestra.

Bibliografia

BAKER 1990

F. Baker, "Habermas and the Pathologies of Modernity", en Baker, F. y Thomas, J. (eds.), *Writing the Past in the Present*. Saint David's University College, Lampeter, 1990, 54-62.

BAKER Y THOMAS 1990

F. Baker y J. Thomas (eds.), *Writing the Past in the Present*. Saint David's University College, Lampeter, 1990.

BALLESTIN *et al.* 1988

X. Ballestin, P. González Marcén y J. M. Lloró, "Marxisme i antropologia: els límits de la teoria", en J. Anfruns, J. A. Dueñas y E. Llobet (eds.), *Corrents teòrics en arqueologia*. Columna, Barcelona, 1988, 22-45.

BANAJI 1977

J. Banaji, "La crisis de la antropología británica", en J. Banaji, P. Forster y D. Goddard, *Crítica de la antropología británica*. Anagrama, Barcelona, 1977, 67-103.

BARRETT 1983

J. C. Barrett, "Goodbye, New Archaeology?", *Current Archaeology*, 89, 1983, 188-189.

BARRETT 1987

J. C. Barrett, "Contextual Archaeology", *Antiquity*, 61, 1987, 468-473.

BARRETT 1988

J. C. Barrett, "Fields of Discourse. Reconstituting a Social Archaeology", *Critique of Anthropology*, vol. 7 (3), 1988, 5-16.

BARTHES 1990

R. Barthes, "Semántica del objeto", *Revista de Occidente*, 104, 1990, 5-18.

BEAUDRY *et al.* 1991

M. C. Beaudry, L. J. Cook y S. A. Mrozowski, "Artifacts and Active Voices: Material Culture as Social Discourse", en R. H. McGuire y R. Paynter (eds.), *The Archaeology of Inequality*. Basil Blackwell, Oxford, 1991, 150-191.

BINFORD 1978

L. R. Binford, *Nunamiut Ethnoarchaeology*. Academic Press, Nueva York, 1978.

BINFORD 1988

Binford, L. R., "Reading the Past: Current Approaches to Interpretation in Archaeology", *American Antiquity*, vol. 53, n° 4, 1988, 875-876.

BLOCH 1977

M. Bloch, "La propiedad y el final de la alianza", en M. Bloch (ed.), *Análisis marxistas y antropología social*. Anagrama, Barcelona, 1977, 241-268 (orig. 1975).

BRAITHWAITE 1982

M. Braithwaite, "Decoration as Ritual Symbol: a Theoretical Proposal and a Ethnographic Study in Southern Sudan", en Hodder, I. (ed.), *Symbolic and Structural Archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge, 1982, 80-88.

BRAITHWAITE 1984

M. Braithwaite, "Ritual and Prestige in the Prehistory of Wessex c. 2,200-1, 400 BC: A New Dimension to the Archaeological evidence", en D. Miller y C. Tilley,

- (eds.), *Ideology and Power in Prehistory*. Cambridge University Press, Cambridge, 1984, 93-110.
- CHESNAUX 1984
J. Chesnaux, *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*. Siglo XXI, Madrid, 1984, (orig. 1976).
- CHIPPINDALE 1993
C. Chippindale, "Ambition, deference, discrepancy, consumption: the intellectual background to a post-processual archaeology", en N. Yoffee y A. Sherratt (eds.), *Archaeological Theory: who sets the agenda?* Cambridge University Press, Cambridge, 1993, 27-36.
- DERRIDA 1967
J. Derrida, *De la grammatologie*. Les Éditions de Minuit, París, 1967.
- DERRIDA 1989a
J. Derrida, *La escritura y la diferencia*. Anthropos, Barcelona, 1989 (orig. 1967).
- DERRIDA 1989b
J. Derrida, *Márgenes de la filosofía*. Cátedra, Madrid, 1989 (orig. 1972).
- DONLEY 1982
L. W. Donley, "House Power: Swahili Space and Symbolic Markers", en I. Hodder (ed.), *Symbolic and Structural Archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge, 1982, 63-73.
- FORSTER 1977
P. Forster, "Empirismo e imperialismo: una revisión de la crítica de la antropología social por la Nueva Izquierda", en J. Banaji, P. Forster y D. Goddard, *Crítica de la antropología británica*. Anagrama, Barcelona, 1977, 7-37.
- FRIEDMAN 1974
J. Friedman, "Marxism, Structuralism and Vulgar Materialism", *Man*, 9, 1974, 444-469.
- FRIEDMAN 1977
J. Friedman, "Tribus, estados y transformaciones", en Bloch, M. (ed.), *Análisis marxistas y antropología social*. Anagrama, Barcelona, 1977, 191-240.
- FRIEDMAN Y ROWLANDS 1977
J. Friedman y M. Rowlands (eds.), *The Evolution of Social Systems*. Duckworth, Londres, 1977.
- GADAMER 1991
H. G. Gadamer, *Verdad y método*. Sígueme, Salamanca, 1991 (orig. 1975⁴). En el texto se ha utilizado también la edición castellana de 1984.
- GIDDENS 1984
A. Giddens, *The Constitution of Society: Outline of the Theory of Structuration*. Polity Press, Cambridge, 1984.
- GODDARD 1977
D. Goddard, "Los límites de la antropología británica", en J. Banaji, P. Forster y D. Goddard, *Crítica de la antropología británica*. Anagrama, Barcelona, 1977, 39-65.
- GODELIER 1976
M. Godelier, "Presentación", en K. Polanyi, C. M. Ahrensberg y H. W. Pearson (eds.), *Comercio y mercado en los imperios antiguos*. Labor, Barcelona, 1976.
- GODELIER 1977
M. Godelier, *Teoría marxista de las sociedades precapitalistas*. Laia, Barcelona, 1977 (orig. 1970).
- GODELIER 1979
M. Godelier, *Racionalidad e irracionalidad en economía*. Siglo XXI, México, 1979 (orig. 1966).
- GODELIER 1985
M. Godelier, *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*. Siglo XXI, Madrid, 1985 (orig. 1973).
- GONZÁLEZ Y RISCH 1990
P. González Marcén y R. Risch, "Archaeology and Historical Materialism: Outsider's Reflections on Theoretical Discussions in British Archaeology", en F. Baker y J. Thomas (eds.), *Writing the Past in the Present*. Saint David's University College, Lampeter, 1990, 94-104.
- GOSDEN 1992
C. Gosden, "Endemic doubt: is what we write right?", *Antiquity*, 1992, 66, 803-808.
- GOUGH 1968
K. Gough, "Anthropology: Child of Imperialism", *Monthly Review*, 19, (11), 1968.
- GOULD 1978a
R. A. Gould (ed.), *New Directions in Ethnoarchaeology*. University of New Mexico Press, Albuquerque, 1978.
- GOULD 1978b
R. A. Gould (ed.), *Explorations in Ethnoarchaeology*. University of New Mexico Press, Albuquerque, 1978.
- HAYDEN Y SANSONNET-HAYDEN 2001
B. Hayden y H. Sansonnet-Hayden, "Cognata, capta, and data: hunting for meaning", *The SAA Archaeological Record*, mayo, 2001, 34-36.
- HODDER 1982a
I. Hodder (ed.), *Symbolic and Structural Archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge, 1982.
- HODDER 1982b
I. Hodder, "Theoretical Archaeology: a Reactionary View", en Hodder, I (ed.), *Symbolic and Structural Archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge, 1982, 1-16.
- HODDER 1982c
I. Hodder, *Symbols in Action. Ethnoarchaeological Studies of Material Culture*. Cambridge University Press, Cambridge, 1982.
- HODDER 1984
I. Hodder, "Archaeology in 1984", *Antiquity*, 58, 1984, 25-32.

- HODDER 1985
I. Hodder, "Postprocessual Archaeology", en M. B. Schiffer (ed.), *Advances in Archaeological Method and Theory*, vol. 8. Academic Press, Nueva York, 1985, 1-26.
- HODDER 1987a
I. Hodder (ed.), *Archaeology as Long-term History*. Cambridge University Press, Cambridge, 1987.
- HODDER 1987b
I. Hodder (ed.), *The Archaeology of Contextual Meanings*. Cambridge University Press, Cambridge, 1987.
- HODDER 1987c
I. Hodder, "Contextual Archaeology: A Interpretation of Çatal Hüyük and a Discussion of the Origins of Agriculture", *Golden Jubilee Bulletin*, 24, 1987, 43-56.
- HODDER 1988a
I. Hodder, *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*. Crítica, Barcelona, 1988 (orig. 1986).
- HODDER 1988b
I. Hodder, "Material Culture Texts and Social Change: a Theoretical Discussion and some Archaeological Examples", *Proceedings of the Prehistoric Society*, 54, 1988, 67-75.
- HODDER 1989
I. Hodder, "Post-modernism, Post-structuralist and Post-processual Archaeology", en Hodder, I. (ed.), *The Meanings of Things. Material Culture and Symbolic Expression*. Unwin Hyman, 1989, 64-78.
- HODDER 1990
I. Hodder, *The Domestication of Europe*. Basil Blackwell, Oxford, 1990.
- HODDER 1991
I. Hodder, "Interpretative Archaeology and its Role", *American Antiquity*, 56 (1), 1991, 7-18.
- HODDER 1998
I. Hodder, *The Archaeological Process*. Blackwell, Oxford, 1998.
- HODDER et al. 1995
I. Hodder, M. Shanks, A. Alexandri, V. Buchli, J. Carman, J. Last y G. Lucas (eds.), *Interpreting Archaeology. Finding meaning in the past*. Routledge, Londres, 1995.
- JOHNSON 2000
M. Johnson, *Teoría arqueológica. Una introducción*. Ariel, Barcelona, 2000.
- KAHN Y LLOBERA 1981
J. S. Kahn y J. R. Llobera, "Towards a New Marxism or a New Anthropology?", en J. S. Kahn y J. R. Llobera (eds.), *The Anthropology of Pre-capitalist Societies*. MacMillan, Londres, 1981, 263-329.
- KOHL 1985
P. L. Kohl, "Symbolic and Cognitive Archaeology: a New Loss of Innocence", *Dialectical Anthropology*, 9, 1985, 105-117.
- KRISTIANSEN 1988
K. Kristiansen, "The Black and the Red: Shanks & Tilley's Programme for a Radical Archaeology", *Antiquity*, 62, 1988, 473-482.
- KUHN 1971
T. S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1971 (orig. 1962).
- LACOSTE 1977
Y. Lacoste, *La geografía: un arma para la guerra*. Anagrama, Barcelona, 1977 (orig. 1976).
- LEACH 1989
E. Leach, *Cultura y comunicación. La lógica de la conexión de los símbolos. Una introducción al uso del análisis estructuralista en la antropología social*. Siglo XXI, Madrid, 1989 (orig. 1976).
- LLOBERA 1980
J. R. Llobera, *Hacia una historia de las ciencias sociales. El caso del materialismo histórico*. Anagrama, Barcelona, 1980.
- LULL Y MICÓ 1997
V. Lull y R. Micó, "Teoría arqueológica I. Los enfoques tradicionales: las arqueologías evolucionistas e histórico-culturales", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 7, 1997, 107-128.
- LULL Y MICÓ 1998
V. Lull y R. Micó, "Teoría arqueológica II. La arqueología procesual", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 8, 1998, 61-78.
- LULL et al. 1990
V. Lull y R. Micó, S. Montón y M. Picazo, "La arqueología entre la insoportable levedad y la voluntad de poder", *Archivo de Prehistoria Levantina*, 20, 1990, 461-474.
- LYOTARD 1987
J. F. Lyotard, *La condición postmoderna*. Cátedra, Madrid, 1987 (orig. 1979).
- MEILLASSOUX 1977a
C. Meillassoux, *Mujeres, graneros y capitales*. Siglo XXI, México, 1977 (orig. 1975).
- MEILLASSOUX 1977b
C. Meillassoux, *Terrains et théories*. Anthropos, París, 1977.
- MICÓ 1993
R. Micó, *Pensamientos y prácticas en las arqueologías contemporáneas. Normatividad y exclusión en los grupos arqueológicos del sudeste peninsular c. 3000-1550 cal ANE*. Tesis doctoral. Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 1993.
- MICÓ 1998
R. Micó, "Arqueologia teòrica o només arqueologia", *Cota Zero*, 14, 1998, 19-29.

- MILLER 1982
D. Miller, "Artifacts as Human Categorisation Processes", en I. Hodder (ed.), *Symbolic and Structural Archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge, 1982, 17-23.
- MILLER 1985
D. Miller, *Artifacts as Categories*. Cambridge University Press, Cambridge, 1985.
- MILLER Y TILLEY 1984
D. Miller y C. Tilley (eds.), *Ideology, Power and Prehistory*. Cambridge University Press, Cambridge, 1984.
- MILLER *et al.* 1989
D. Miller, M. Rowlands y C. Tilley (eds.), *Domination and Resistance*. Unwin Hyman, Londres, 1989.
- MORENO FRAGINALS 1983
M. Moreno Fragnals, *La historia como arma, y otros estudios sobre esclavos, ingenios y plantaciones*. Crítica, Barcelona, 1983.
- PATTERSON 1989
T. C. Patterson, "History and the Post-processual Archaeologies", *Man*, 24, 1989, 555-566.
- PATTERSON 1990
T. C. Patterson, "Some Theoretical Tensions within and between the Processual and Postprocessual Archaeologies", *Journal of Anthropological Archaeology*, 9, 1990, 189-200.
- PINSKY Y WYLIE 1989
V. Pinsky y A. Wylie (eds.), *Critical Traditions in Contemporary Archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge, 1989.
- REY 1975
P. Ph. Rey, "The Lineage Mode of Production", *Critique of Anthropology*, 3, 1975, spring.
- RUIZ RODRÍGUEZ *et al.* 1988
A. Ruiz Rodríguez, T. Chapa y G. Ruiz Zapatero, "La arqueología contextual: una revisión crítica", *Trabajos de Prehistoria*, 45, 1988, 11-17.
- SAHLINS 1988a
M. Sahlins, *Cultura y razón práctica*. Gedisa, Barcelona, 1988 (orig. 1976).
- SAHLINS 1988b
M. Sahlins, *Islas de historia*. Gedisa, Barcelona, 1988 (orig. 1985).
- SHANKS 1992
M. Shanks, *Experiencing the Past: On the Character of Archaeology*. Routledge, Londres, 1992.
- SHANKS Y TILLEY 1982
M. Shanks y C. Tilley, "Ideology, Symbolic Power and Ritual Communication: a Reinterpretation of Neolithic Mortuary Practices", en I. Hodder (ed.), *Symbolic and Structural Archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge, 1982, 129-154.
- SHANKS Y TILLEY 1987a
M. Shanks y C. Tilley, *Re-constructing Archaeology. Theory and Practice*. Cambridge University Press, Cambridge, 1987.
- SHANKS Y TILLEY 1987b
M. Shanks y C. Tilley, *Social Theory and Archaeology*. Polity Press, Cambridge, 1987.
- SHANKS Y TILLEY 1989
M. Shanks y C. Tilley, "Archaeology into the 1990s", *Norwegian Archaeological Review*, 22 (1), 1989, 1-21.
- TERRAY 1971
E. Terray, *El marxismo ante las sociedades primitivas. Dos estudios*. Losada, Buenos Aires, 1971.
- THOMAS 2000
J. Thomas (ed.), *Interpretive Archaeology. A Reader*. Leicester University Press, Leicester, 2000.
- TILLEY 1982
C. Tilley, "Social Formation, Social Structures and Social Change", en I. Hodder (ed.), *Symbolic and Structural Archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge, 1982.
- TILLEY 1984
C. Tilley, "Ideology and the Legitimation of Power in the Middle Neolithic of Southern Sweden", en D. Miller y C. Tilley (eds.), *Ideology and Power in Prehistory*. Cambridge University Press, Cambridge, 1984, 111-146.
- TILLEY 1989
C. Tilley, "Discourse and Power: the Genre of the Cambridge Inaugural Lecture", en D. Miller, M. Rowlands y C. Tilley (eds.), *Domination and Resistance*. Unwin Hyman, Londres, 1989, 41-62.
- TILLEY 1991
C. Tilley, *Material Culture and Text. The Art of Ambiguity*. Routledge, Londres, 1991.
- TILLEY 1994
C. Tilley, *A Phenomenology of Landscape. Places, Paths and Monuments*. Berg, Oxford, 1994.
- TILLEY 1996
C. Tilley, *An Ethnography of the Neolithic: Early prehistoric societies in southern Scandinavia*. Cambridge University Press, Cambridge, 1996.
- TILLEY 1999
C. Tilley, *Metaphor and material culture*. Blackwell, Oxford, 1999.
- VICENT 1990
J. Vicent, "El debat postprocessual: algunes observacions "radicals" sobre una arqueologia conservadora", *Cota Zero*, 6, 1990, 102-107.
- WATSON Y FOTIADIS 1990
P. J. Watson y M. Fotiadis, "The Razor's Edge:

Symbolic-Structuralist Archaeology and the Expansion of Archaeological Inference”, *American Anthropologist*, 92, 1990, 613-629.

WATSON 1990

R. A. Watson, “Ozymandias, King of Kings: Postprocessual Radical Archaeology as Critique”, *American Antiquity*, 55 (4), 1990, 673-689.

WEBER 1984

M. Weber, *La acción social: ensayos metodológicos*. Península, Barcelona, 1984, (orig. 1922 y 1969).

WHITE 1992

H. White, *El contenido de la forma*. Paidós, Barcelona, 1992 (orig. 1987).

WHITLEY 1998

D. S. Whitley (ed.), *Reader in Archaeological Theory*.

Post-Processual and Cognitive Approaches. Routledge, Londres, 1998.

WYLIE 1982

M. A. Wylie, “Epistemological Issues Raised by a Structuralist Archaeology”, en I. Hodder (ed.), *Symbolic and Structural Archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge, 1982, 39-46.

YELLEN 1977

J. E. Yellen, *Archaeological Approaches to the Present: Models for Reconstructing the Past*. Academic Press, Nueva York, 1977.

YOFFEE Y SHERRATT 1993

N. Yoffee y A. Sherratt, “Introduction: the sources of archaeological theory”, en N. Yoffee y A. Sherratt (eds.), *Archaeological Theory: who sets the agenda?* Cambridge University Press, Cambridge, 1993, 1-9.